

BEBA

Emílbodmíl

«Vinieron.

Ellos tenían la Biblia y nosotros teníamos la tierra.

Y nos dijeron: "Cierren los ojos y recen".

Y cuando abrimos los ojos, ellos tenían la tierra y nosotros la Biblia».

Eduardo Galeano (1940- 2015)

Venciendo a la desmemoria

Resulta amargo, casi enloquecedor, no ser capaz de rememorar el pasado y, peor aún, no poder narrárselo a tus descendientes y con ello evitar que la desmemoria venza en esta batalla. Resulta doloroso descubrir cómo las lágrimas de varias generaciones se evaporan y el desconsuelo se instala en el olvido. Me duele el corazón el saber que la España de la transición se construyó a base de silencios, de muertes ignoradas, de memorias borradas, de facturas impagadas, y que yo, pudiendo corregir esta desvergüenza, sea incapaz de relatar los hechos que acontecieron. Me duele el alma no poder contar la verdad, no ser capaz de hacerla volar por los cuatro vientos.

Es muy triste que mi dulce nieta, Elisabeth, se interese por mi vida, que me pregunte, que desee oír de mis propios labios los detalles de esa historia que solo yo conozco. Esa historia que conmocionó a toda una comarca, que unió a un pueblo... Y que yo no sepa corresponderla porque mi mente es incapaz de

engranar los recuerdos correctamente. Y todo porque mi envejecido cerebro se comporta como un tartamudo desmemoriado, que aburre en sus descripciones.

Como me decía mi finado amigo Labordeta —personaje que, en todos los años en los que su mente permaneció activa, defendió con todo su ser al Aragón que llevaba tatuado en el alma. Lo defendió con todas las fuerzas de la palabra, sea esta cantada o escrita, hablada o gritada, gastando hasta el último aliento, empleando en tal cruzada desde la punta del pie hasta el último arnés de su mochila. La dicha lo tenga en su gloria—: «Querido Ion, qué aburrido es escucharte, tienes una memoria farfallosa».

No pretendo ofender a los tartamudos y mucho menos a los aragoneses, es solo que este hablar entrecortado refleja exactamente mi forma de pensar. Las ideas me vienen a borbotones, aparecen y desaparecen como la luz de esas velas y antorchas que bailan a merced de los vientos. Por todo ello me he sentido decepcionado, no de la vida, sino de mí, de mi memoria, de esta maldita memoria mía.

Me enrabieta el alma no poder dar a mi nieta la precisa información que me demanda, que sutilmente trata de sonsacarme. Me carcome las entrañas que únicamente sea capaz de escupir frases inexactas, desprovistas de coherencia, que aburren a quien trata de buscarlas un sentido.

A veces, mi dulce nieta me dice: «¿Aitite, no te preocupes, yo pienso arreglar tu desmemoria». ¡Bendita juventud! Y... afortunadamente, fue ella, mi adorable Elisabeth quien me salvó del olvido. Y esto lo consiguió ideando una red neuronal que por fin arrinconó y venció a mi desmemoria. Gracias a su invento pude recordar los hechos que me permitirían iluminar este camino de tinieblas. Gracias a ella pude rescatar del olvido aquellos tiempos oscuros de la posguerra.

Quizás sea mejor comenzar diciendo que la nuestra no fue una posguerra al uso, en la que se permitió al enemigo llorar a los caídos en batalla, en la que a los médicos se les dejó sanar a todos los heridos, fueran del bando que fueran, en la que los religiosos pudieron enterrar con dignidad a todos los difuntos, en resumen, una posguerra en la que se permitió a las heridas, tanto a las físicas como a las del alma, cicatrizarse. No, no fue ese tipo de posguerra.

Nací en esa época en que los franquistas atemorizaron a varias generaciones, y créeme querido lector y amigo, fue un período exacerbado de moralismos y disciplina, con rígidos prejuicios y severas prohibiciones. El fascismo, el fanatismo religioso y la miseria se aliaron para apoderarse de nuestras vidas, haciendo lo único que sabían hacer: paladas de cal viva en cunetas, ocultando, más que cuerpos muertos y torturados, las ideas de libertad que estos finados protegían; plagando nuestros muros de cobardes fusilamientos; llenando las iglesias con forzosos y forzosos bautizos; repitiendo hasta la saciedad sus proclamas de «Dios, patria y rey».

Iglesia y Estado se aliaron para doblegar al diferente, al librepensador. Vivimos una era de terror, de brutal ignorancia y creo que, cien años después, aún seguimos sufriendo sus coletazos.

Pero, todo esto, mi desmemoria, cambió, y lo hizo de forma milagrosa. Mi adorable Elisabeth, quien deseaba tanto curar mi falta de memoria, dedicó buena parte de su juventud a idear una inteligencia artificial, una red neuronal, que aliviara mi olvido.

Y... al final, lo consiguió.

Quiero desde aquí relatarte mi historia, una historia cualquiera. Una historia de tantos y tantos niños que sobrevivieron a la posguerra franquista y de otros muchos que perecieron bajo sus manos asesinas.

Gracias, Elisabeth.

Elis

Verano de 2041

—¡Hola, *aitite*¹!

—Hola, Elisabeth, cariño. —La dicha me invade cada vez que Elisabeth me visita, más veces de las que merezco pero menos de las que desearía. Sé que ahora está demasiado ocupada, invirtiendo la juventud en terminar su trabajo de doctorado, no en vano estoy convencido que se convertirá en la mejor neurobioingeniera del mundo.

—Quiero pedirte un favor —me dice después de regalarme un tierno beso en la mejilla.

—Por supuesto, mi niña. ¿De qué se trata?

—Por fin he terminado mi proyecto —me lo dice con la felicidad invadiendo todos sus poros. Sus ojos centellean y su sonrisa me serena—. Y... necesito un conejillo de indias con quien poder probarlo. —Me mira con ojos tiernos, con cara mimosa, queriendo evitar el no de la respuesta. Negación que sabe perfectamente que nunca amanecerá de mis labios. ¡Ay! Si ella supiera que fui yo quien inventó esa mirada.

—¿Tú crees, cielo, que un viejo de cien años como yo será el mejor sujeto para esa prueba?

—Mejor no lo podría encontrar. Tu memoria falla bastante a menudo y eso es justo lo que pretendo corregir. Eres el más desmemoriado de los ancianos que conozco. —Ríe—. Y

¹ Abuelo en Euskera (N. del. A.).

justamente por eso eres el mejor de los cobayas —me dice mientras tapa con una mano su boca para evitar que yo descubra su risa—. No te enfades conmigo, *aitite*. Además, sabes que siempre he querido escuchar tu historia. Sabes que me tienes intrigadísima.

—¡Cómo iba a enfadarme, mi cielo! Solo has dicho una verdad como un templo. Dime, ¿qué puedo hacer por ti? —le pregunto, aunque solo sea por continuar oyendo su voz, una voz dulce, con una pronunciación perfecta y un tono melodioso que me acerca al cielo. A esta edad cualquier muestra de afecto vale su peso en oro.

—He desarrollado una red neuronal, la llamo ELIS (*Extrasensory Locution Interface System*), le he puesto mi nombre... y mi voz. —Ríe pícaramente mientras extrae de su mochila una cuchilla de afeitar, un bote de crema y una toalla de baño.

—¿Y esos objetos? ¿Para qué necesitas una cuchilla? —La respuesta me da igual, seguro que tiene un motivo.

—Es para afeitarte las zonas de la cabeza en las que voy a conectar a ELIS. No es que tengas mucho pelo, pero las conexiones funcionan mejor sin obstáculos y el vello, aunque sea escaso, puede interferir en las señales. No te importa, ¿verdad?

A estas edades lo único que me preocupa es poder estar con alguien con quien conversar, me dejaría rapar toda mi escasa cabellera si con ello Elisabeth pasara más mañanas conmigo.

—¿Qué te parece? —me pregunta mientras me muestra un objeto que ha sacado de su mochila. Es del tamaño de una moneda, transparente y parece de poco peso. En su interior se perciben un galimatías de conexiones y microchips, miles y miles de circuitos integrados de un tamaño tan pequeño que es imposible distinguirlos, te los tienes que imaginar.

—¿Qué es lo que se supone que hace ELIS? —le digo mientras ella comienza a untar mi escasa melena plateada con la crema de afeitar, frente, sienes y nuca.

—ELIS recuperará los datos que tu cerebro cree olvidados: los sucesos que viviste, las emociones que sentiste, las cartas que leíste, lo que sintió tu corazón... En suma, *aitite*, lo recordará todo, absolutamente todo. ¿Entiendes lo que trato de decirte?

Siento el rascar de la cuchilla y las risas de Elisabeth mientras me afeita.

—Me va a dar un calambrazo y... ¿a partir de ese momento voy a recordarlo todo? —le digo, tratando de vacilarla, ¡qué es la vida sin algo de humor!

—No, *aitite* —me dice sin parar de reír. Me gusta su sonrisa, inocente, dulce. Sé que con oírla reír un solo instante la felicidad me perseguirá durante horas y horas—. Sabes muy bien que en todas las ocasiones que intentas contarme las batallitas que de niño viviste en el caserío de Arkiza, junto a Beba, acabas enfadándote, maldiciendo, porque dices que tu cerebro es estúpido, incapaz de recordar nada, incapaz de hilar los detalles y solo recuerdas retazos sueltos, inconexos, que dibujan una historia plagada de lagunas. Al final eso te exaspera y te enojas. Acabas diciendo que tu memoria es *forfollosa*.

—Querrás decir farfallosa —la corrijo, más que nada por no enfadar a mi querido Labordeta.

—Ja, ja, ja. Pues eso, que no me gusta verte triste y enfadado, *aitite*. Sabes que siempre me ha corroído un gusanillo por dentro, que siempre he deseado conocer esa historia que guardas en tu memoria. Así que, ¡ya está!, voy a hacer que ELIS me la narre por ti —me suelta de sopetón, abriendo hasta el infinito sus ojazos azules.

Me limpia el sobrante de la crema con la toalla y mira nuevamente en la mochila.

—Además, *aitite* —me dice mientras rebusca en su macuto—, ambos vamos a escuchar esta historia. Para ello conectaré ELIS a un sistema de audio y así los dos podremos seguir los acontecimientos. —Vuelve a sonreír pícaramente mientras extrae un terminal cuántico y con presteza remata los últimos

ajustes. Un galimatías de gráficos y curvas, de señales que se encienden y apagan, envuelven la pantalla 3D del ordenador.

—Eso sería maravilloso, mi niña. Siempre he sabido que eras la más lista de la familia.

Con delicadeza me conecta a su invento. La pequeña moneda se divide en cuatro partes que ella adhiere con mimo a mi frente, sienes y nuca. De pronto, emerge una finísima piel transparente que envuelve mi cráneo cual medusa, con unos tentáculos en el centro y un cuerpo gelatinoso rodeándolos. La sensación es fría. Yo esperaba que resultara pastosa e incluso viscosa, pero resulta suave, diría que hasta sedosa. Visto así, sobre mi cabeza, parece un extraño gorro para la ducha. Sin previo aviso, siento que algo penetra a través del cuero cabelludo y navega por el interior de mi cerebro. La miro algo asustado. En mi cara se debe reflejar el desconcierto, porque ella trata de tranquilizarme.

—No te preocupes, *aitite*. Eso que notas ahora son las nanofibras que buscan tus nódulos de memoria. ELIS conectará tus lóbulos con cada una de las diferentes partes del cerebro, de esta forma podrá absorber toda la información que necesite y también recuperarla a su antojo. Al ser una red neuronal, habrá errores, es decir, podrás ver y sentir imágenes irreales o carentes de sentido. Pero no te preocupes, tenemos que ser pacientes y dejarla que ensaye, que falle; en suma, que aprenda. Cuando te muestre imágenes o sensaciones extrañas, simplemente dile que no. Bastará con que solo lo pienses, ella misma se reconfigurará hasta que tus primeras vivencias sean reales. A partir de ese momento, relájate y disfruta. ELIS ya no fallará más y a medida que avance el proceso irá perfeccionándose y aprendiendo. Todo va a salir bien, ya verás. —Me coge de la mano y vuelve a besarme—. ¿Estás preparado, *aitite*?

La miro a sus dulces y celestiales ojos, coronados por una hilera de pecas que pincelan sus pómulos. ¡Cómo me recuerdan a mi tía, a mi querida tía Gertrudis! Acerco la mano a su pelo rubio y asiento con la cabeza el sí más enérgico que soy capaz.

Tal y como mi nieta me indicó, las primeras visiones son bastante irreales. Un maremágnum de colores girando descontroladamente. «No», digo mentalmente. Nubes de recuerdos se desgarran en diminutas gotas. «No», repito. Cuerpos y caras de personas que se mezclan, sonidos que son más gorgoteos que palabras, estados de ánimo descontrolados. «No, no, no», repito incansable.

Elisabeth, ELIS y yo permanecemos de esta guisa, negando durante varios minutos, hasta que por fin me siento flotar en un caldo espeso, oscuro. Oigo un tum-tum-tum lejano y acogedor y noto una infinidad de flagelos empujándome en una dirección. Inevitablemente soy arrastrado hacia una tenue luz. ELIS está representando el momento de mi alumbramiento y el ronronear que escucho no es otra cosa que los latidos acelerados del corazón de mi madre.

ELIS sigue barajando mis recuerdos como si fueran naipes de una partida olvidada que el tiempo desordenó. Veo el discurrir de imágenes que aparecen y desaparecen veloces; parece que quisieran hacer un *nodo* en el cual yo soy el protagonista. Sobrevienen con tanta rapidez que casi no tengo tiempo de degustarlas. Es lo más parecido a una película en la que el moribundo, en su último aliento, ve pasar la vida, fotograma a fotograma, pero a velocidades infinitas.

Me alegra ver que ELIS es capaz de recopilar datos de aquí y de allá para reordenarlos en pequeños bloques de memoria, todos ellos con un mismo denominador común. Puedo distinguir notas de prensa, informes policiales que creía olvidados, incluso cartas de diferentes letras que como polizones se ocultaban en lo más recóndito de mi mente. Noto cómo emergen a la luz recuerdos que vuelan de cajón en cajón, organizándose eficientemente. Esta carta aquí, esta vivencia mejor junto a esta otra... Tratando así de dar coherencia a la historia que será narrada muy pronto.

Es más, percibo cómo introduce en mi mente los pensamientos y sentimientos adquiridos por terceras personas,

hábitos de extraños, para hacerlos míos. De pronto, esas vivencias pasan a ser propias. Me adentro en cabezas ajenas, me adueño de sus temores, disfruto de sus risas, lloro sus miedos. Es como si pudiera meterme en el cerebro de familiares y amigos y percibir sus emociones, sus anhelos.

Y del mismo modo que empezó, todo termina, al igual que se rebobina una película y se espera a que el cine esté lleno para ser proyectada. Se hace la oscuridad. Poco a poco, quizás con el último asiento ya ocupado, una tenue luz comienza a brillar, esta vez, serena. Todas las imágenes que antes se sucedieron a ritmo vertiginoso, algo confusas, ahora se bosquejan nítidas, pausadas, perfectamente ordenadas.

Agarro la mano de Elisabeth, le obsequio con una tierna sonrisa y me relajo en el sillón. Es como si comenzara con el «érase una vez» de los cuentos infantiles.

ELIS se ha transformado en un narrador virtual de dulce y cálida voz. Pausadamente levanta el telón y empieza a narrar una obra de teatro ya vivida, pero tristemente olvidada.

Salvado por los pelos

Enero de 1940

Un rayo de luz atravesó mis párpados, obligándome instintivamente a mantener los ojos cerrados. En esos momentos sentí unos suaves pero dolorosos cachetes en las nalgas que me provocaron el lloro y seguidamente un fuerte ardor en el pecho al inhalar por primera vez una bocanada de aire, frío y abrasador al mismo tiempo. Acababa de nacer y mis sentidos comenzaban a desentumecerse. Era un sábado 13 del primer mes de un año que seguramente seduciría a la buena suerte.

Fuera llovía a cántaros, se podía oír el repicar de las gotas golpeando contra los cristales de la ventana de la habitación del paritorio. En estos momentos me encontraba agazapado entre los pechos de mi madre, mientras tanto ella permanecía tumbada, plena de felicidad, arropándome entre sus brazos y jadeando por el esfuerzo que acababa de realizar, con una sonrisa de oreja a oreja. Varias personas deambulaban por la habitación del hospital: tres monjas que acompañaban a mi padre en sus nerviosos vaivenes.

Dichas monjas pertenecían a la Hermandad de las Mercedarias del Cristo Redentor y vestían con el atuendo típico de esa orden: túnica, velo, cinturón, escapulario y sandalias. En su vestimenta predominaba el color negro. Bajo el velo, que solía ser doble —con una primera tela blanca y sobre ella otra negra—, se apreciaba una toca ceñida al rostro, blanca, muy blanca, como la pureza de espíritu que representaba ese color. Una de ellas llevaba, junto al cinturón, un rosario compuesto de quince

misterios. Se trataba desde luego de la superiora de la congregación. El resto vestía con el cinturón sujeto con tres nudos, mas no se trataba solo de tres simples nudos, estos simbolizaban sus votos: castidad, pobreza y obediencia. Votos que prácticamente solo eran respetados por las mencionadas ataduras, ya que en la vida real esta orden se había acercado en demasía a las necesidades franquistas, relegando a un lejano segundo plano las promesas hechas a su creador.

Alguien abrió las cortinas de uno de los ventanales y se confirmaron mis sospechas: fuera estaba diluviando, los rayos y truenos dibujaban un Barakaldo inhóspito que intimidaba al viandante que se aventurara a deambular por sus calles.

Aún me hacían daño los haces de luz cuando golpeaban en mi córnea por lo que decidí permanecer con los ojos cerrados. Esto ayudaría a que mis otros sentidos se desperezaran. Dentro de la habitación la temperatura era agradable. Pero a través de los visillos de los ventanales se escuchaba cómo el frío descendía por las laderas de los niveos montes y se condensaba en los cristales. Se respiraba tanta paz que me relajé y me dejé llevar por los sueños, confortablemente recostado en el regazo de mi madre.

Al despertar de tan apacibles sueños me encontré rodeado de una docena de capazos donde reposaban otros tantos bebés. Unos dormitaban, otros lloriqueaban y alguno regalaba al infinito una tierna sonrisa. Doce cunas, perfectamente ordenadas en cuatro filas de a tres. En la habitación olía a desinfectante y a humedad. Mirara donde mirara un único color dominaba la habitación: el blanco. La pared frontal estaba formada por una enorme cristalera que permitía vislumbrar el exterior. Tras este vidrio, de un espesor considerable, se distinguía la figura de cuatro personas que nos miraban muy atentas, inspeccionando detenidamente cada cunita, señalando por doquier, nerviosas pero con la satisfacción dibujada en sus rostros.

—Ese me gusta mucho, el del cabello rubio. Alejandro, esposo mío, ¡cómo me gustaría tener uno rubio! —dijo una mujer fijando la mirada y señalando con el dedo índice al mocoso que lloriqueaba a mi derecha.

—Esposa, puedes elegir al que quieras, ¿no es así, sor Angelines? Si quieres niño, pues que sea niño. Pero mira lo dulce que parece esa niña del fondo, la de la tercera cuna —indicó su marido. Este *gentleman* portaba un elegante abrigo que le llegaba hasta los tobillos, guantes negros, gorro educadamente acomodado en la mano derecha y un espeso bigote que de vez en cuando toqueteaba con orgullo. La mencionada niña había perdido su chupete, el cual se le mostraba inalcanzable, oculto entre las sábanas. Para contener el enfado que la pérdida de su juguete favorito le provocaba, succionaba con ansiedad su dedo gordo, remarcando en cada lengüetada unos sonrosados mofletes —con hoyuelo incluido— que le otorgaban un aura de princesa. La pareja la miraba embobada.

Una de las religiosas miró de soslayo a su compañera y al mismo tiempo, con ademanes ensayados, ambas afirmaron gesticulando con la cabeza mientras la que llevaba la voz cantante dijo:

—Querida Cayetana, usted elija el que más le guste, sea niño o niña. No importa lo que usted haya elegido, mañana mismo lo tendrá en su casa. ¡Faltaría más!

La mujer continuó con su rastreo. Llevaba un enorme sombrero azul, algo ladeado hacia la derecha, con un perifollo negro y blanco en la parte superior, exageradamente adornado con excesivos pliegues, muy a la moda. Su fina silueta se dibujaba garbosa y el vestido que llevaba estaba confeccionado con estructuras frescas, drapeados y pliegues que se abrían en la parte inferior, aportando con ello mucho movimiento a su estilizada pose. Se agarró al brazo de su marido y continuó con el escrutinio, feliz y emocionada: estaba a punto de dar a luz, de tener su primer hijo.

Hubo un momento que me sentí señalado por la señora, pero gracias al cielo mi ostentosa y grácil nariz la disuadió. Rápidamente, modificando la posición de su mirada, volvió a inclinarse por el rubio quien no cesaba de llorar y patalear. ¡Vaya rabieta tenía el condenado crío!

Tras varios minutos de indecisión, dándole vueltas y más vueltas, la mujer miró a la niña para instantes después cambiar de opinión y ojear detenidamente al rubio llorón. De vez en cuando, debía de ser porque me encontraba entre el recorrido de ambos niños, clavaba sus pupilas en mí y me pillaba mirándola con mis ojos abiertos como si fuese una lechuza. Ese sombrero me tenía absorto.

—Bien, esposo, ya me he decidido. Quiero a ese —dijo señalando finalmente al rubio. Este ni se inmutó y continuó con su rabieta.

—Pues no se hable más. Mi mujer ya ha elegido. Sor Angelines, quedamos en la cifra de ayer y me lo tiene usted preparado para que mañana esté en nuestra casa —sentenció de forma autoritaria el hombre.

—Ustedes no se inquieten por nada. Del papeleo nos encargamos nosotras. Su única preocupación es el nombre que a partir de mañana le pondrán a su hijo, un Escrivá más en la familia. Yo esta misma tarde hablo con su eminencia monseñor Oseta y celebramos, cuando ustedes vengan a bien, el bautizo —dijo la monja frotándose las manos.

—¿No habrá ningún problema con sus padres? —le susurró la mujer a su esposo, arrimando la boca a la oreja para evitar que las monjas oyeran la pregunta.

El marido la miró con reserva. Luego fijó la vista en sor Angelines y preguntó con seriedad:

—Los padres no serán un problema, ¿no? —repitió en voz alta moviendo aceleradamente el sombrero entre las manos y dejando vislumbrar en la solapa del gabán una insignia que representaba cinco flechas atravesando un yugo.

—No se preocupen por nada. Dejen todo en nuestras manos. ¡La mortalidad infantil cada día está peor! Ustedes ya me entienden. —Sonrió maliciosamente la monja mientras se agarraba al brazo de su compañera, quien corroboraba dicha frase con un gesto de su cabeza.

—Entonces, hemos quedado que el de la cuna cinco, el rubio, ¿no? —quiso asegurar la religiosa, dando por zanjada la discusión.

—Sí, es tan mono y... se parece tanto a papá, ¿no crees, Alejandro?

Con las risas y el regocijo de haber realizado una excelente compra abandonaron el escaparate y dirigieron sus pasos pasillo adelante. Hoy habían hecho todas las partes un buen negocio. No podríamos decir lo mismo de los padres naturales de este mocoso. Los pobrecillos pensarían que su querido bebé falleció tras el parto y le guardarían luto hasta que la muerte se los llevara también a ellos. Tristemente, mientras vivieran, nunca más sabrían de su existencia.

¡Leches! Que poco había faltado para que mi recién estrenado apellido desapareciera en el olvido y me convirtiera en un nuevo falangista. Nunca me hubiera imaginado que en este recatado edificio religioso, al amparo de Dios, en lugar de un paritorio, siniestramente, se ocultara un local donde se mercadeaba con recién nacidos. Pero estaba claro que todavía tenía mucho que aprender de este nuevo régimen y sus costumbres. Además, una vez finalizado este trapicheo bastaba con pedirle perdón al párroco de turno y aquí no había pasado nada, al día siguiente estarían libres de pecado y así podrían comerciar con otra vida, lo tenían muy bien organizado —sí, he dicho «pecado» porque queda aclarado que delito no lo era, al menos mientras el estatus de quien realizara estos hechos abrazara el poder—.

Pasaban los días. Ahora me encontraba en otra habitación. Desde ella oía voces a través de una puerta que habían dejado

entreabierta. Estaba en mi casa, en Barakaldo, tumbado en un moisés de mimbre. Mis padres discutían con voz notoria.

Al parecer a mi padre lo acababan de despedir de su miserable trabajo. Hasta donde sé, curraba en una fábrica donde abundaban más los accidentes laborales que los cupones de racionamiento; donde para comer tenía de primer plato dolor de espaldas y de postre miedo y vergüenza a ser despedido si un lamento amanecía de su garganta. ¡Al diablo con el segundo plato!, salía demasiado caro para dárselo a un obrero.

En esta discusión también añadían que nos habían cortado el suministro de luz. Al parecer, el fuerte viento había derribado alguno de los postes eléctricos, quizás carcomido por las balas y bombas con que la reciente guerra nos había obsequiado.

Las primeras semanas las viví rodeado de cemento y ropa colgada en los balcones y patios de mi Barakaldo natal. Fueron días gastados entre asfalto y ladrillos, totalmente faltos de experiencias. La vida en la ciudad, o en un pueblo grande como lo era el Barakaldo que me vio nacer, era un verdadero aburrimiento. Sí, eras feliz, porque a esas edades no se puede ver la vida de otra manera, pero no ocurría absolutamente nada, nada de nada. De la cuna a la teta o biberón, de ahí al cambio de pañales y a dormir, y vuelta a empezar. De vez en cuando esta absurda monotonía era perturbada por algún refrescante baño, pero eso era todo.

Comer, cagar, dormir. Dormir, cagar, comer. Baño.

Se podrá elegir el orden que más guste, pero esas son las únicas actividades que nos estaba permitido realizar a los barakaldeses.

Tenía ya unas seis semanas, día arriba, día abajo. En un calendario colgado en la pared de la cocina podía leerse una fecha: 25 de febrero de 1940. No entendía la algarabía ni de mis tías ni de mi madre, corriendo de un lado para otro. Buscándome ropitas de una suavidad como nunca había sentido y estoy seguro

que como nunca sentiré. Entre candongas, me estaban disfrazando con unos ropones de lana virgen recién estrenada, con un conjunto de manga larga de un color blanco que contrastaba con mis ojos azules. Todo eran piropos y atenciones. Cuando finalizaron de acicalarme, me recostaron en el moisés del cual colgaba un escapulario redondo que no paraba de oscilar de un lado a otro. No soy muy entendido, pero no parecía auténtico, sino más bien estaba elaborado de una mala imitación del marfil.

Embutido entre estos ropajes de un blanco inmaculado parecía un minúsculo obispo engalanado con puntillas bordadas a mano, azul cielo y lapislázuli. Estos encajes estaban decorados con un palio de pura seda y rematados por una cruz bordada con delicados pespuntos. Como si estuviéramos en casa del ahorcado, este palio se arrollaba a mi cuello como una *Boa constrictor* se aferra a su presa. ¡Quizás pretendían estrangularme!

Mi madre y yo llegamos a la parroquia de San Vicente y nos colocamos en una fila junto a otros esclavos de las pasarelas quienes, a grito pelado, como si aguardaran el degüello, esperaban su turno. Nos encontrábamos hacia la mitad de la cola y desde esta posición oíamos perfectamente los lamentos y quejidos de los demás bebés. Estos insensatos atormentaban mis tímpanos con sus berridos. A pesar de todo, me mantuve callado y expectante, intrigado sobremanera. «¿Cómo finalizará todo esto?», pensé presa de un incipiente miedo.

El ambiente olía a resina de incensario y a cera de cirio rancio. Una suave pero heladora brisa recorría todo el recinto. El tiempo pasaba tan despacio que se me antojaba eterno, haciendo que los minutos transcurrieran a velocidad de tortuga. Esto daba lugar a que mi incipiente curiosidad se transformara en miedo. «Si al menos ocurriera algo, lo que fuera», no dejaba de pensar.

La solemnidad de esta iglesia era, para mi gusto, excesiva. Semejaba una catedral del Medievo, repleta de gárgolas y pináculos en su tramada exterior y capillas de elevadas columnas en el interior. Tenía claro que desde el mismo día que comenzó

su construcción, allá por 1340, el único propósito de este edificio fue el de deslumbrar al feligrés con tanta magnificencia, atormentarlo con su arrogancia y someterlo con el exceso de suntuosidad que adornaba cada centímetro de cada pared.

Una tétrica voz, amplificada por el vacío de las bóvedas y triforios, me devolvió a la realidad. Se trataba del párroco de Las Encartaciones, don Maximiliano. Por fin algo iba a ocurrir que aliviara el griterío de estos mocosos que se había enraizado en mis oídos. Poco a poco, esta fila, flanqueada por dos bancadas abarrotadas con los familiares de esta ringlera de niños —quienes no cesaban de gritar y babear—, comenzó a avanzar. A medida que las bulliciosas protestas de los bebés amanecían entre las columnatas y modillones que protegían cada claustro, el desasosiego me asaltaba el alma y me invadía un temor inusitado a perder mi vida. Era incapaz de controlarlo, sentía cómo el miedo me devoraba en esta agónica espera. Si hubiera tenido dientes, estoy seguro que estos hubieran castañeteado, y no del frío que ahogaba la nave central, sino del pavor que a pasos agigantados conquistaba mi alma.

¡Qué horror! ¿Acaso los estaban matando?

Lentamente me fui acercando hasta... ¡Leches! no sabía exactamente adónde íbamos. ¿Qué les estarían haciendo a mis compañeros? Aquello semejaba un matadero donde uno entraba ileso y bien vestido, pero no sabías en qué estado saldrías. Solo podía escuchar los llantos y los lloros, las protestas, gritos y más gritos. Era la primera vez que sentía verdadero pánico y comenzaba a tener claro que peligrosaba mi recién estrenada existencia. Acumulaba tanto miedo dentro de mí que creo que acabé por hacerme de vientre allí mismo. Bueno, no creo, estoy segurísimo de ello. Me acababa de cagar. Menos mal que llevaba puesto un *superabsorbente* pañal con un sistema de cierres e insertos que retenía los líquidos —y lo que no eran líquidos—, bien anclado a la cintura con un imperdible más grande que mi mano.

Por fin me tocó el turno. Debo dar gracias a que el olor a cagarruta que provenía de mi trasero me impidió percibir los aromas que emanaban de la pila bautismal, la cual se hallaba a escasos centímetros de mi nariz. ¡Madre mía, qué agua más repugnante!

Don Maximiliano me cogió en brazos. Un fotógrafo con voz extremadamente autoritaria, sin venir a cuento, nos ordenó:

—Aguanten unos segunditos. ¡Quietos!, por favor. No se muevan. ¡Quietos!

De repente, un fogonazo de luz me cegó.

«¿Es ahora cuando van a matarme?», pensé.

A este disparo de luz le siguió una voluta de humo que ocultó los recargados techos de la iglesia, impidiendo saborear sus frescos y falsos cielos.

Aprovechando mi momentánea ceguera, el sacerdote metió sus dedos en esa agua embalsamada. ¡A saber cuánto tiempo llevaba ahí! Atrapó unas tibias gotas entre sus yemas y con ellas mojó mi frente. Con pulso firme trazó con su pulgar el dibujo de una cruz, la cual traspasó mi alma.

¡Zas! Otro nuevo fogonazo.

Menos mal que esas palabras que el cura escupió atravesaron mi nuca. Tuve mucha suerte que no se me adhiriera nada de ese maleficio que deseaba transformar mis ideales y convertirme a su fe.

«De forma que es así como captan nuevos creyentes», me dije, absorto más en mi miedo que en mi sorpresa. Las palabras de ese tal Juan Bautista que Maximiliano repitió con sus labios atravesaron mi ser y se perdieron entre las volutas que envolvían los capiteles. ¡Ufff! ¡Qué suerte tuve!

Don Maximiliano, descontento de los resultados de este acto traicionero y quizás sabiendo el fracaso de su primer intento, volvió a ensuciar sus dedos con el líquido de esa marmórea palangana y, mientras el tipo de los disparos de luz nos ordenaba

nuevamente que permaneciéramos quietos, el cura introdujo sus pringosas y saladas yemas dentro de mi boca.

Un nuevo fogonazo.

¡Qué bien sincronizados estaban!

Estaba claro que hasta que no acabaran con mi vida no se iban a detener.

Cuando noté el sabor de los dedos del cura en mis labios no pude menos que sentir arcadas. Menos mal que momentos antes me había cagado, porque si no hubiera potado toda la leche que dulcemente había libado de los pechos de mi madre y hubiera ensuciado el reluciente hábito del párroco.

Pero no solté ni un gemido. Al contrario que los otros desdichados que me precedieron, y de todos aquellos que restaban por venir, no amaneció de mi garganta ni un lamento.

Sobreviví a esta experiencia. Ya nada podría matarme. Podrían intentarlo, pero...

Un nuevo fogonazo de luz me devolvió a la realidad.

Maximiliano continuó con su ritual, como el hechicero de la tribu, convirtiendo en esclavo de su Dios, hasta el último día de su vida, a cuanto niño se le acercara.

Pascual Hervás Maximiliano o don Maximiliano, como gustaba lo llamaran, era el tercer hijo de una familia aburguesada que decidió alistarse al ejército de Dios ante la imposibilidad de continuar con el negocio familiar, que consistía en explotar campesinos en las empresas harineras —ese honor se le concedía únicamente al primogénito—. Venido de Valladolid, de Peñafiel creo recordar. Calvo o cuanto menos con escaso pelamen y prominente coronilla, como casi todos los de su especie, con unas finas gafas plateadas que no ocultaban del todo sus ojos, algo rasgados y demasiado cerrados. Con una prominente papada, como si tuviera dos cuellos, y una sonrisa falsa que empleaba para todo. Enseñaba orgulloso su dentadura, donde en la parte superior brillaba un canino de oro. Demasiado obeso para la

pobre burra que lo llevaba de un lado a otro y con una lesión en su hombro derecho de la cual él se enorgullecía. Decía engreído que esta laceración le advino producto de una refriega en una de las batallas que libró en la guerra contra el comunismo, concretamente afirmaba que en la batalla del Ebro. A saber si era cierto o no. Por el pueblo nadie se lo creía. Los convecinos pensaban que más que lesión se trataba de una tara provocada más por levantar con demasiado vigor su brazo ante el dictador que por elevar el brazo en la señal de la cruz.

Lo enviaron a esta pedanía, Las Encartaciones, porque, al parecer, le gustaban en demasía las jovencitas —tal y como acostumbraba a hacer la jerarquía eclesiástica cuando las quejas de los feligreses ya no permitían ser desoídas—, y lo mejor era perdonarlo y mudarlo de diócesis, más que nada por calmar el descontento de los padres de «esas desvergonzadas». «Padres que harían bien en dar a sus hijas una educación más acorde a la disciplina católica y que dejaran de provocar al débil clero», esa fue la frase del cardenal de turno, porque era bien sabido que eran ellas quienes provocaban al noble y sensible párroco.

Era un franquista que gustaba de posar risueño en todas las fotografías que decoraban los pasillos y habitaciones de su casa, esbozando una gran sonrisa, de oreja a oreja. Escudado detrás de políticos y mandamases, de militares engalanados con innumerables medallas en sus pecheras. Condecoraciones logradas a golpe de martirio —que no martillo y trabajo— sobre los humildes labriegos, quienes veían cómo sus bienes mudaban de manos, de unas manos callosas y ásperas, olor a tierra y hierro, a otras ensangrentadas de sufrimiento ajeno. Allí se nos mostraba él, mirándonos por encima del hombro, riendo las bravuconadas de esta manada, ensotonado, realizando el saludo fascista. ¡Cómo no iba a dolerle el hombro!

Desde aquel fatídico día, el día de mi bautizo, permanecí con catarros y fiebres altas, toses y convulsiones. Escasos días después, cuatro para ser exactos, mi madre me llevaba entre sus brazos. Ambos nos dirigíamos a la consulta de un galeno con la

ilusión de sanar mis males. Paseábamos abrigados por las cornisas de los tejados, tratando de esquivar las goteras que los horadados canalones esparcían sobre nuestras cabezas.

Estábamos llegando al portal cuando una zíngara, que portaba un ramito de romero en su mano derecha, nos lanzó un mal de ojo. Parece ser que mi cabeza golpeó con el «delicado hombro» de esta gitana. Se le debió caer la calderilla que orgullosa atesoraba en su otro puño. Nos amenazó con todo tipo de infortunios, e incluso nos obsequió varios hechizos, en un castellano tan iletrado que asemejaba más un hablar de otro país.

Entramos en la consulta del doctor, un tal García Cubillo. Un personaje influyente del movimiento, de esos que tanto abundaron después de la guerra civil. Una hermosa joven de delicadas y esbeltas piernas nos abrió la puerta y muy educadamente nos indicó que pasáramos al despacho donde el galeno nos esperaba desde hacía varios minutos. Mi madre justificó la tardanza, achacándole la culpa al mencionado e inclemente temporal.

Una vez dentro, comprobamos cómo la habitación estaba decorada con paredes excesivamente recargadas donde decenas de cuadros con diplomas y otros nombramientos, más que adornar, manchaban el papel pintado, una mala imitación del mármol. Una librería se apretujaba en la pared derecha, repleta de libros escrupulosamente desordenados, que a buen seguro estarían huecos —nadie podía haberse leído tantos y tan opulentos volúmenes—. En el centro de la pared lateral un enorme cuadro con el torso del caudillo colgaba desafiante. Bajo este retrato, el águila de san Juan flanqueada por las columnas de Hércules, símbolos del régimen que nos esclavizaba.

El médico se concentraba en sus papeles, fumando un apestoso *faria* cuyo humo gris envolvía toda la habitación con un hedor que mancillaba los cortinones, asfixiándolos con su característico olor a podrido. Sus ojos estaban fijos en unos papeles, los cuales no dejaba de manosear, esparciendo la ceniza

del puro por toda la mesa, como si estuviera salando una barbacoa. Calvo y de orejas excesivamente grandes, totalmente pegadas a la cara. Con unas gafas demasiado pequeñas para tan descomunal napia. Un bigote, imitación al mostacho del dictador, servía de apoyo a la nariz. Casi no cabía en el sillón, razón por la cual nunca se levantaba y permanecía apoltronado, con su obesidad derramándose por los laterales del asiento.

Sin levantar la cabeza nos ordenó que nos sentáramos — bueno, solo se lo dijo a mi madre—. Después de releer varias veces los documentos que tenía sobre su recargada mesa y esparcir más ceniza y humo por doquier, como cuando el obispo disemina el olor a incienso del botafumeiro sobre los feligreses, este galeno sentenció, sin ni siquiera levantar la vista del escritorio, sin miramientos, sin nada de éter en sus palabras:

—Su niño tiene neumonía. Me temo que morirá en pocas semanas, tres a lo sumo.

¡Hostias! Y se quedó tan ancho. Ni pestañeó. Su único gesto fue lanzarnos una nueva bocanada del apestoso puro, que nos envolvió, haciéndonos toser tanto a mi madre como a mí. Ese sí que era un excelente predicador de la verdad, un docto letrado que entendía con precisión la psique de una madre.

Al parecer, en el día de mi bautizo, un tenaz virus que dormitaba en el baptisterio —mezclado con las freáticas aguas de la pila bautismal—, invadió mis arterias. ¡Ya decía yo que aquello olía a podrido! Este virus, sin que nadie se lo hubiera autorizado —deseo creer que don Maximiliano no tuvo nada que ver en esta pandemia—, invitó a la muerte para que acortara mi estrenada existencia.

Mi madre, horrorizada por la noticia que acababa de recibir y llorando a lágrima viva, abandonó la consulta de este hechicero. Desde la morada de este galeno, que tenía su tugurio en la avenida del Generalísimo, hasta nuestra casa, sita en el número 13 de la calle General Mola, no cesó ni un instante en su queja lacrimal.

La noticia de mi inminente defunción sentó entre las paredes de mi hogar como las bombas que los aviones nazis enviaron sobre Durango y Gernika. Mi vida pendía de un delicado hilo y las palabras de ese mal llamado galeno se grabaron con fuego en los corazones de mis familiares y amigos. Solo restaba rezar, puesto que la ciencia ya me había desahuciado, pero...

Con lo que este médico y todos los avances científicos que él creía dominar no contaron, fue con mi abuela, Beba, como siempre la llamé desde que aprendí a usar mis labios para algo más que babear. Criada a golpe de mendrugo de pan, a yunta de arado sobre la dura tierra de Las Encartaciones, a continuos amaneceres para poder malvender la leche de vaca vieja y gastada, a interminables paseos por los prados y veredas pastando al ganado, a trote de mula vieja llevando la leña seca a la herrería. Ella me acogió entre sus brazos y, sin pensárselo dos veces, me llevó a su caserío.

—Lo que le va a matar a mi nieto no es este catarro sino es este aire viciado, plagado con tanta contaminación y tanto facha. Esta miserable polución va a carcomerle hasta el alma. ¡Hija! ¡Prepara las maletas de mi nieto que me lo llevo al caserío! —dijo después de escuchar la noticia de los doloridos labios de mi madre, quien aún continuaba llorosa, abrazada a la cuna.

Ese día, no solo volví a nacer, sino que descubrí la férrea convicción de la lucha por la vida. Si hasta ese momento yo simplemente me había dejado acunar por los acontecimientos y, al igual que mis padres, esperaba a la muerte sin luchar, desde ese preciso instante afloró en mí una avidez por la vida que difícilmente perdería con el transcurrir de los años.

El caserío de Arkiza

Primavera de 1940

El tren nos dejó en la bulliciosa estación de San Pedro, el principal barrio del término municipal de Galdames. Si te detenías a mirar el paisaje, descubrías unos andenes cubiertos de un polvo ocre, resultado del continuo ir y venir de las vagonetas que trasladaban el férreo mineral que se extraía de las minas. Todos estos vagones se unían formando un convoy que se perdía en el horizonte. Para poder moverlos, y que de esta forma el material llegara a su destino, se colocaba en cabeza una locomotora que los mineros llamaban «Rosario» —locomotora de vapor fabricada por la empresa Kitson— y otra de igual fuerza, «Dolores», en la retaguardia. Unas veces circulaban en dirección a Triano, otras a Castro-Urdiales, pero la mayoría de las veces se dirigían a Sestao, al muelle de la Benedicta.

Descendimos en el apeadero donde nos esperaba mi tío Julián. Acomodamos las maletas y demás bultos en la carreta y dejamos la estación a nuestras espaldas.

«¡Arre, mula!», fue la frase que dijo mi tío.

Atravesamos el barrio de La Aceña y tras sortear una serie de senderos y caminos por fin llegamos al *baserri* de mi abuela, a Arkiza. Este me pareció un inmenso castillo rodeado de almenas y torreones, de campas infinitas que se unían con el horizonte. Es lo que tiene la corta edad, todo parece inmenso.

El edificio principal estaba construido en piedra labrada, dividido en tres alturas. Una planta baja donde se hallaban las

cuadras que cobijaban al ganado. Sobre esta reposaban la cocina y las habitaciones que aprovechaban el calor que las bestias emanaban para protegernos de los fríos invernales. Esta planta sería mi reino durante mis primeros dos años de vida hasta que, valientemente, me arriesgué a deambular por todos los rincones del caserío.

Desde la balconada, que ocupaba toda la fachada sur, se podían divisar los prados y arboledas donde pastaba el ganado y en los días claros se distinguía en la lejanía las cumbres de los montes mineros. En este balcón viví con mi abuela grandes experiencias y mejores conversaciones. Sentados en banquetas enristrábamos los ajos y las cebollas, ensartábamos los pimientos y desgranábamos las alubias. De esta guisa, ajetrechos con las tareas del campo, mi abuela me habló de rojos y fascistas, de honor y pundonor, de luchar por el débil, de arriesgar la vida por cumplir los sueños y de defender, por encima de todo, a los tuyos.

Mirando ya a las alturas, un último piso abuhardillado albergaba el desván. El tejado, edificado en teja roja, a dos aguas, miraba al mediodía. Dibujándose en la fachada principal se veía una enorme arcada de piedra que separaba las cuadras, de ella nacía una escalera que conectaba la planta baja con la vivienda. A la derecha de esta escalera germinaba una hiedra salvaje que rodeaba la fachada y recubría toda la pared lateral, la orientada al este. Formando parte del paisaje encontrábamos el gallinero, un espacio dedicado a la cría de conejos, el corral de las ovejas y la huerta donde se cultivaban los productos propios de cualquier *baserri*. En la parte trasera, repintada de un marrón oscuro que dejaba distinguir los surcos y oquedades que el tiempo había dibujado en la madera, se hallaba una puerta que protegía el ganado de las inclemencias exteriores y que unía la cuadra con los pastos.

En lo más alto de la cornisa, medio ocultos, distinguíamos los nidos de las golondrinas, beneficiosas aves que con sus vuelos a ras de suelo limpiaban el ambiente de moscas y mosquitos. Algo alejado del calor de la casa estaba el pozo donde extraíamos el

agua y más a la derecha un abrevadero para el ganado y mucho más alejado del calor del lar se levantaba la letrina.

A los dos días de asentarme en estos nuevos dominios una desgracia llamó a nuestra puerta: mi abuelo, Eduardo Mendiberri, falleció.

Poco sé de él, así que me limitaré a decir lo que afirmaba mi abuela:

Su marido era un hombre muy apuesto, de entrañables ojos azules e incipiente bigote; de voz tranquila y sosegada. Medía mucho las palabras antes de utilizarlas y prefería un buen silencio que una perogrullada. Nunca se le escuchó alzar la voz a nadie y mucho menos la mano. Repensaba todo antes de pedirte por favor que hicieras esto o lo otro y, ¡vaya si le dio resultado!, nunca recibió un no por respuesta. De pelo cano enrojecido por el tinte de la mina de hierro —la de El Sauco o la de la Magdalena—. De manos fuertes y robustas, con dedos férreos, marcados por largas horas de agotadores esfuerzos. Lo más destacable de su fisonomía era su nariz. Esta, junto con el caserío, el sudor de su frente y su apellido, fueron lo único que dejó en herencia a toda la familia, sin distinción, no importaba que fueras hombre o mujer, niña o mocoso como lo era yo. Respingona, con la punta demasiado echada hacia arriba; con esas alas apretadas, buscando encontrarse la una con la otra y un hueso nasal amplificado y robusto. Mira mi nasa. ¡La ves!, pues esta es idéntica a la que altaneros lucíamos los Mendiberri, no encontrarás la más mínima diferencia entre ellas. Mi abuela siempre me decía, cuando conversábamos sentados en la balconada, que la frase que más le definía y que repetía siempre que deseaba animarse, en esos momentos de bajón que cualquiera puede tener, era: «Son los hechos de una persona los que configuran su verdadero patrimonio».

Murió de silicosis. Una enfermedad demasiado común entre los mineros. Muy dolorosa, en la que los enfermos echaban los

higadillos por la boca, sufriendo de estentóreas convulsiones. «Casi mejor que muriera», aseguraban los vecinos y compañeros de mina, grandes conocedores de los síntomas de esta pérfida enfermedad. La otra opción que quedaba, entre morir o no morir, era la de continuar viendo cómo sus quejidos atravesaban la puerta de la habitación donde solo entraban mi abuela y su hija Gertrudis. Causó una gran tristeza ver al pobre hombre morir sufriendo, agotado por el simple esfuerzo de respirar.

Con la llegada del nuevo régimen también arribaron los desalmados y codiciosos que anhelaban enriquecerse, y descubrían que el dinero nunca les saciaba. Deseaban más y más. Avariciosos pertinaces. Lo único que les restaba por hacer para conseguir sus objetivos era emplear en sus turbios negocios a estos y otros campesinos venidos del interior. A estas gentes humildes que solo buscaban sobrevivir, vencer a la hambruna que la costosa guerra había concedido a los supervivientes. ¿Qué otra cosa podían hacer?

Estos nuevos caciques, emperadores de la mezquindad, pretendían camuflar sus miserias, sus verdaderas intenciones, apelando a la tradición y a los desfiles militares, entonando el *Cara al sol*, atiborrándose de misas, rezos y procesiones donde balanceaban a sus vírgenes y santos, vendiendo sus playas, el sol, los toros, el flamenco y el Real Madrid. Ese era el mensaje que esta nueva España enviaba al mundo exterior. Eso y solo eso era España. La única España. Escondida quedaba la verdadera tierra, la de la sangre y el odio, la del fascismo y la sotana, la de los rojos y las diversas lenguas.

No era ignorancia, sabían perfectamente que los polvos de las minas mataban a los «currelas», como preferían llamarlos, todo menos personas, no vaya a ser que les amaneciera algo de remordimiento en sus corrompidas y rancias conciencias.

Como alegre anécdota de este velatorio, porque de cualquier situación hay que ver el lado risueño de la vida e incluso de la muerte, mi tío Julián sacó a perdigonazos a don Maximiliano en

cuanto le vio asomar sus narices de cuervo por el caserío. Los presentes no pudieron por menos que reírse mientras apuntaba a las posaderas del religioso, y este, con la sotana a medio subir y arrastrando el manteo por los suelos, corría espantado campá arriba. Parecía un pingüino que a cortas zancadas trataba de avanzar a la máxima velocidad posible, con el alzacuello en una de sus manos y haciendo a destajo la señal de la cruz con la otra.

—En el único dios que creía mi padre era en el duro trabajo, ¡maldita cucaracha! —le gritaba mi tío a tiro de cartucho de sal.

El endemoniado cura batió todos los récords nacionales, internacionales y galácticos, a pesar del impedimento de su vestimenta. Se llevó varios perdigonazos que le marcaron el trasero con el sabor de la sal.

Sí, es bien sabido que en toda familia tiene que haber de todo y en nuestra familia teníamos a mi tía Belén, quien era muy beata y acudía de buena fe a las homilías del párroco. En estos ir y venir a celebrar la eucaristía, durante la ceremonia de la misa, sus miradas, las de Maximiliano y Belén, se cruzaban y era entonces cuando en los ojos del sacerdote renacía un reproche y en sus nalgas el picor del salitre.

Por suerte para mi familia la muerte vino y se fue con la misma rapidez con la que viajan los trenes de los japoneses. Iba a acomodar esta comparación usando los trenes españoles, pero desde el fin de la guerra, en España lo único que viajaba rápido eran la pobreza y el olor a cadáver de sus cunetas.

En este velatorio y en otros que vendrían, porque la muerte va y viene según Newton establece, pude recrearme con la presencia de todos mis parientes. Muchos tienen la creencia que es Dios quien envía a la muerte a recorrer sus dominios y llevarse a sus hijos donde tenga menester, pero quien crea esto está tremendamente equivocado. No es Dios sino Isaac Newton quien la envía con el único objetivo de demostrar al mundo, de forma pertinaz, que él tiene razón, que nada vence a su teoría y que

todos dejaremos de estar en pie para finalmente terminar tumbados, atrapados por su gravedad.

Como en todos los entierros la casa estaba abarrotada de familiares: mis padres, tíos y tías, primos y demás parientes. En mi cuna, justo enfrente de mí, habían acomodado a mi prima Lucía. Era veinte días más joven que yo y la rapaza no cejó en el empeño de hipnotizarme con esos ojazos negros, abiertos de par en par, y ese continuo balancear de su chupete. Creo que fue ese día cuando me enamoré de ella, pero me mantuve serio, incorruptible. No me rendí ni a sus hoyuelos de ensueño ni a ese rizo de color azabache que delicadamente se balanceaba en su frente ni a esa sonrisa interminable ni a ese olor a Nenuco que embelesaba el ambiente.

¡Ahh! Pasamos toda la velada uno frente al otro, hablando de nuestras cosas. Un continuo gluu, gluu salía de mi garganta y, atenta, ella replicaba: «Gluu, gluu». Sí, resultó una tertulia muy dicharachera.

Fue la primera vez que vi a mi abuela rendida, abatida por la vida, inmensamente cansada. Demasiadas muertes en tan poco tiempo. La de mi tío Manuel, asesinado hacía escasos meses por la Benemérita y ahora, la Parca o Isaac Newton, que se llevaba a su marido. A sumar a estas defunciones los dos hijos que la guerra le robó de forma traicionera. Creo que hasta la vi juntar las manos y rezar, pero seguramente se trató de una alucinación provocada por los efluvios del Nenuco que emitía mi prima y que me estaban embriagando. Yo, en cambio, solo olía a polvos de talco y a leche de vaca vieja.

El día terminó como empezó, con saludos de bienvenida y saludos de despedida. Abrazos y promesas: «Tenemos que venir más a menudo».